



MIRABEAU

I



N 1781, en Francia, en el seno de una familia, agitábase un serio debate entre un padre y un tío. Tratábase de un individuo ligero del cual su familia no sabía qué hacer. Ese hombre, fuera ya de la primera fase ardiente de la juventud, y, no obstante, sumergido enteramente todavía en el frenesí de la edad apasionada, cargado de deudas, perdido de locuras, se había separado de su mujer, había tomado la de otro, siendo condenado á muerte por este hecho y decapitado en efigie, había huído de Francia, acababa de reaparecer, corregido y arrepentido, decía él, y purgado de rebeldía, deseaba volver á su mujer y á su familia. El padre deseaba también ese arreglo, pues quería tener nietos y perpetuar su nombre, esperando, por otra parte, ser más feliz como abuelo que como padre. Pero el hijo pródigo tenía treinta y tres años. Había que rehacerle enteramente. ¡Difícil educación! Una vez colocado de nuevo en la sociedad, ¿á qué manos confiarle?, ¿quién se encargaría de enderezar la espina

dorsal de un carácter semejante? De ahí la controversia entre los viejos parientes. El padre quería darlo al tío, el tío quería dejarlo al padre.

—«Tómalo,—decía el padre.

»—No lo quiero,—decía el tío.

»—Convengamos ante todo,—replicaba el padre,—en que ese hombre no es nada, pero nada absolutamente. Tiene gusto, charlatanismo, apariencia de experimentado, acción, turbulencia, audacia, arranques, alguna vez dignidad. Ni duro ni odioso en el mando. Pero todo eso no sirve sino para verle olvidarse del día antes, sin preocuparse del mañana, abandonarse á la impulsión momentánea, niño loro, hombre abortado, que no conoce lo posible ni lo imposible, ni el malestar ni la comodidad, ni el placer ni la pena, ni la acción ni el descanso, y que se abandona apenas resisten las cosas. Sin embargo, creo que se puede hacer de él una herramienta excelente, cogiéndole por el lado de la vanidad. No te escaparía. No le dispenso de los raciocinios de la mañana. Comprende mi moral bien fundada y mis lecciones siempre al vivo, porque se apoyan sobre un quicio siempre real, que es que, sin duda, se cambia poco de naturaleza; pero la razón sirve para cubrir el lado débil y enseña á conocerle bien para evitar un abordaje por él.

»—Gracias á la posteromanía,—contestaba el tío,—te estás ocupando en cuidar un pollo de treinta y tres años. ¡Qué trabajo más improbo es el querer igualar un carácter que es un erizo con muchas puntas y muy poco cuerpo!»

El padre insistía:

—«Ten piedad de tu sobrino el Huracán. Confiesa todas sus tonterías, porque lo confesaría todo, pero es imposible tener más facilidad y más ingenio. En el fondo, tiene él tanto treinta y tres años como yo sesenta y seis, y no es más raro ver un hombre de mi

edad, con el pelo blanco á fuerza de contrariedades, cansando las piernas y el espíritu de los jóvenes con ocho horas de trabajos físicos é intelectuales, que ver un tonel hinchado, picado de viruelas y con apariencia de viejo, decir *papá* y no saber portarse bien. Tiene una inmensa necesidad de ser gobernado. Y él lo comprende bien. Es preciso que tú te encargues. Sabe que tú me fuistes siempre, y debes serlo para él, piloto y brújula. Su vanidad está en su tío. Te lo doy como cosa de raro porvenir. Tú tienes todo el saturno que falta á su mercurio. Pero cuando le tengas no le sueltes. Aunque hiciera milagros, sujétale siempre y tírale del brazo; el pobre tiene necesidad. Si le haces de padre, te contentará; si le eres tío, está perdido. ¡Ama á ese muchacho!

»—No,—decía el tío;—yo sé que los hombres de cierto temple saben ocultar las uñas durante cierto tiempo; y él mismo, antes, cuando vivía conmigo, era como una señorita, por poco que yo frunciere el ceño. Pero no lo quiero. Yo no tengo edad ni gusto para luchar con lo imposible.

»—¡Oh, hermano!—decía el anciano suplicando,—si esa criatura dislocada puede recoserse, tú eres el único que lo puede hacer. Puesto que hay que cortarlo de nuevo, no podré darle mejor patrón que tú. Tómalo, sé bueno y fuerte con él, y serás su salvador y harás de él tu obra maestra. ¡Que sepa que bajo tu larga cara rígida y fría hay el mejor hombre que haya existido jamás, un hombre de pasta de ángel! Sóndale el corazón, edúcale la cabeza. ¡*Tu es omnis spes et fortuna nostri nominis!*

»—No,—replicaba el tío.—En mi sentir, no ha cometido tan gran crimen en esta ocasión. No había para tanto. Una mujer joven y guapa va á encontrar á un joven de veintiséis años. ¿Cuál es el joven que en ese género no recoge todo lo que encuentra á su

paso? Pero es un espíritu turbulento, orgulloso, presuntuoso, insubordinado; un temperamento malo y vicioso. ¿Por qué encargarme de él? Hace algo de lo que puede para darte gusto. Está bien. Ya sé que es seductor, que es el sol naciente. Razón de más para no exponerme á ser víctima de su engaño. La juventud siempre tiene razón contra los viejos.

»—No siempre has pensado así,—respondía tristemente el padre;—hubo un tiempo en que me escribías: *En cuanto á mí, este muchacho me abre su pecho.*

»—Sí,—decía el tío,—y en que tú me contestabas: *Desconfía, cuidado con su pico de oro.*

»—¿Qué quieres que haga, pues?—exclamaba el padre estremando sus últimos razonamientos.—Eres demasiado equitativo para no sentir que no se amputa un hijo como un brazo. Si eso pudiera ser, hace ya mucho tiempo que sería manco. Después de todo, se ha sacado partido de diez mil más débiles y más locos. Por lo tanto, hermano, lo tenemos tal como lo tenemos. Yo ya me acabo. Si no te tuviese, yo no sería más que un pobre anciano vencido. Y mientras le duramos todavía, hay que socorrerle.»

Pero el tío, hombre decidido, ponía fin á toda súplica con estas palabras:

—«¡No lo quiero! Es una locura pretender hacer algo de ese hombre. Habría que mandarlo, como dice su mujer, con los *insurrectos*, á hacerse romper la cabeza. Tú eres bueno, tu hijo es malo. Ahora te ha cogido el furor de la posteromanía; pero tendrías que pensar en que Ciro y Marco Aurelio habrían sido muy felices de no tener á Cambises y á Cómodo.»

¿No parece, al leer esto, que se asiste á una de esas hermosas escenas de alta comedia doméstica, en que la gravedad de Molière equivale casi á la grandeza de Corneille? ¿Hay algo en Molière tan sorprendente en estilo y en grandeza, algo más profundamente huma-

no y verdadero que esos dos imponentes ancianos que el siglo XVII parece haber olvidado en el XVIII como dos muestras de mejores costumbres? ¿No los veis venir á ambos, preocupados y severos, apoyados en sus largos bastones, recordando por su traje más bien Luis XIV que Luis XV, más bien Luis XIII que Luis XIV? ¿La lengua que hablan, no es la misma de Molière y Saint-Simón? Este padre y este tío son los dos tipos eternos de la comedia; son las dos bocas severas por las que reprende duramente, enseña y moraliza en medio de tantas otras bocas que no hacen más que reír; es el marqués y el comendador, Geronte y Aristes, la bondad y la prudencia, admirable dúo al cual vuelve siempre Molière.

EL TÍO

¿Adónde queréis ir?

EL PADRE

¡Qué sé yo!

EL TÍO

Me parece que hay que empezar por consultar juntos las cosas que se pueden hacer en este acontecimiento.

La escena es completa; nada le falta, ni siquiera el *pícaro sobrino*.

Lo que hay de sorprendente en el presente caso, es que la escena transcrita es una cosa real, es que ese diálogo del padre y del tío ha tenido lugar textualmente por cartas, por cartas que el público puede leer á la hora presente (1); es que, sin darse cuenta los dos

(1) Véanse las *Memorias de Mirabeau*, ó mejor dicho, *sobre Mirabeau*, publicadas recientemente, tomo III. Este trabajo, desgraciadamente hecho de una manera poco inteligente, contiene cierto número de cosas curiosas, auténticas é inéditas, sobre Mirabeau y de Mira-

ancianos, en el fondo de su grave discusión había uno de los más grandes hombres de nuestra historia; es que el *marqués* y el *comendador* son un verdadero marqués y un verdadero comendador. El uno se llamaba Víctor de Riquetti, marqués de Mirabeau; el otro Juan Antonio de Mirabeau, baile de la Orden de Malta. *El pícaro sobrino* era Honorato Gabriel de Riquetti, á quien en 1781 su familia llamaba *el Huracán*, y que el mundo llama hoy MIRABEAU.

Así, Mirabeau era para su familia, en 1781, un *hombre abortado*, una *criatura dislocada*, un sujeto *del que no se podía hacer nada*, una cabeza buena

beau. Pero lo que en nuestro sentir contiene de más interesante, son los extractos de la correspondencia íntima del marqués de Mirabeau con su hermano el baile. En esa correspondencia en que el padre y el tío de Mirabeau, personajes originales ambos, grandes escritores sin saberlo, grandes escritores en forma epistolar, dibujan admirablemente, en un círculo de ideas que va ensanchándose y estrechándose según su fantasía y los accidentes, su corazón, su familia, su época, aparece una parte del siglo XVIII poco clara hasta ahora. Aconsejamos al editor que multiplique las citas de esa correspondencia; sentimos, hasta, que no se haya pensado en hacer de ella una publicación lo más completa posible, en todo caso muy sobriamente purificada. *Las cartas del marqués y del baile de Mirabeau, padre y tío de Mirabeau*, habrían sido uno de los testamentos más importantes del siglo XVIII. Esas cartas, doblemente ricas en el aspecto biográfico y en el literario, habrían sido una mina para el historiador, un libro para el escritor. Esas cartas, de magnífico estilo, continúan hasta 1789 la excelente lengua francesa de Mme. de Sevigné, de Mme. de Maintenon, de Mme. de Saint-Simón. La correspondencia publicada por entero sería un complemento armónico de las *Cartas de Diderot*. Las cartas de Diderot pintan el siglo XVIII desde el punto de vista de los filósofos; las cartas de Mirabeau lo pintarían desde el punto de vista de los hidalgos; aspecto ciertamente no menos curioso. Esta última colección no sería menos importante que la primera, para los estudios de los que quisieran saber completamente cuál es en definitiva la idea que el siglo XVIII ha legado al siglo XIX.

Esperemos que la persona que tiene en sus manos esa voluminosa correspondencia, comprenderá la responsabilidad en que incurrirá al guardarla, y en todo caso la conservará intacta para el porvenir. Documentos tan preciosos son patrimonio de una nación y no de una familia.

para *hacerla romper* con los insurrectos, un criminal castigado por la justicia, una plaga.

Diez años después, en 1791, el 1.º de abril, un gentío inmenso llenaba los alrededores de una casa de la *Chaussée d'Antin*. Ese gentío estaba taciturno, silencioso, consternado, profundamente triste. En la casa había un hombre que agonizaba.

Todo ese pueblo inundaba la calle, el patio, la escalera, la antesala. Varios estaban allí desde hacía tres días. Se hablaba bajo, parecía que se temía respirar, se preguntaba con asiduidad á los que iban y venían. Este gentío era para ese hombre como una madre para su hijo. Los médicos no tenían ya ninguna esperanza. De cuando en cuando los partes, arrancados por mil manos, se dispersaban entre la multitud, y se oían mujeres sollozando. Un joven, exasperado de dolor, ofrecía en alta voz abrirse la arteria para infundir su sangre rica y pura en las venas empobrecidas del moribundo. Todos, hasta los menos inteligentes, parecían postrados por la idea de que no era solamente un hombre, sino tal vez un pueblo el que iba á morir.

La gente no se dirigía más que una pregunta.

Ese hombre expiró.

Algunos minutos después que el médico, que estaba de pie en la cabecera de su cama, hubo dicho: ¡Está muerto!, el presidente de la Asamblea Nacional se levantó de su sillón y dijo: ¡Ha muerto!; en tan pocos instantes este grito fatal había llenado París. Uno de los principales oradores de la asamblea, M. Barrère de Vieuzac, se levantó llorando y dijo con una voz que dejaba escapar más sollozos que palabras: «Pido que la asamblea haga constar en el acta de este día fúnebre el sentimiento que experimenta por la pérdida de ese grande hombre, y que, en nombre de la patria, se invite á todos los miembros de la asamblea á asistir á los funerales.»

Un cura, miembro de la derecha, exclamó: «Ayer, en medio de sus sufrimientos, ha hecho llamar al señor obispo de Autun, y entregándole un trabajo que acababa de terminar sobre las sucesiones, le ha pedido, como último testimonio de amistad, que lo leyese á la asamblea. Es un deber sagrado. El señor Obispo de Autun debe ejercer aquí de ejecutor testamentario del grande hombre que todos lloramos.»

El presidente Tronchet, propuso nombrar una comisión para asistir á los funerales. La asamblea contestó: ¡Iremos todos!

Las secciones de París pidieron que fuese inhumado «en el campo de la federación, debajo el altar de la patria.»

El directorio del departamento propuso darle por tumba la «nueva iglesia de Santa Genoveva», y decretar que «este edificio se destinaría en adelante á recibir las cenizas de los grandes hombres.»

Sobre el particular, M. Pastoret, procurador general (fiscal) síndico de la *Commune*, dijo: «Las lágrimas que hace derramar la pérdida de un grande hombre no deben ser lágrimas estériles. Varios pueblos antiguos encerraban en monumentos separados sus sacerdotes y sus héroes. Esa especie de culto que rendían á la piedad y al valor, rindámosle hoy al amor, á la felicidad y á la libertad de los hombres. ¡Que el templo de la religión se convierta en templo de la patria! ¡Que la tumba de un grande hombre se convierta en altar de la libertad!»

La asamblea aplaudió.

Barnave exclamó: «¡Ha merecido, en efecto, los honores que la nación debe conceder á los grandes hombres que la han servido bien!»

Robespierre, es decir, la envidia, se levantó también y dijo: «No es en el momento en que se oyen por todas partes los sentimientos que excita la pérdida de

ese hombre ilustre, que en las épocas más críticas ha desplegado tanto valor contra el despotismo, cuando podría nadie oponerse á que se le tributaran honores. Apoyo la proposición con todo mi poder, ó más bien, con toda mi sensibilidad.»

Aquel día en la asamblea no hubo izquierda ni derecha; por unanimidad votó este decreto:

«El nuevo edificio de Santa Genoveva será destinado á reunir las cenizas de los grandes hombres.

»Se grabarán sobre el frontón estas palabras:

A LOS GRANDES HOMBRES

LA PATRIA RECONOCIDA

»El cuerpo legislativo decidirá únicamente á qué hombres se concederá este honor.

»Honorato Riquetti Mirabeau es juzgado digno de recibir este honor.»

Ese hombre que acababa de morir era Honorato de Mirabeau. El *grande hombre* de 1791, era el *hombre abortado* de 1781.

Al día siguiente el pueblo asistió á su entierro, formando un cortejo de más de una legua, al cual faltó su padre, muerto como convenía á un viejo hidalgo de su clase, el 13 de julio de 1789, la víspera de la caída de la Bastilla.

No sin intención hemos juntado estas dos fechas, 1781 y 1791, las memorias y la historia, Mirabeau antes y Mirabeau después, Mirabeau juzgado por su familia, Mirabeau juzgado por el pueblo. En este contraste hay un manantial inagotable de meditaciones. ¿Cómo, en diez años, ese demonio de una familia se ha transformado en el dios de una nación?

Cuestión profunda.

II

No hay que creer, sin embargo, que desde el momento en que ese hombre salió de la familia para aparecer ante el pueblo, fuese aceptado *dios* en seguida y por aclamación. Las cosas no van nunca así por sí mismas. Donde el genio se levanta, la envidia surge. Bien al contrario, hasta la hora de su muerte ningún hombre fué más completamente y más constantemente negado en todos sentidos que Mirabeau.

Cuando llegó como diputado de Aix á los Estados generales, no excitaba los celos de nadie. Oscuro y mal reputado, les inquietaba poco á los de renombre; feo y mal hecho, los señores de buena apariencia le compadecían. Su nobleza desaparecía bajo su traje negro, su fisonomía bajo la viruela. ¿Quién hubiera soñado en estar celoso de esa especie de aventurero, condenado por la justicia, deforme de cuerpo y de cara, además arruinado, que las pobres gentes de Aix habían mandado á los Estados generales en un momento de fiebre, por inadvertencia y sin saber por qué? Verdaderamente á ese hombre no le contaban para nada. Cualquiera recién llegado era guapo, rico y considerable al lado suyo. No ofuscaba ninguna vanidad, no estorbaba ninguna pretensión. Era una cifra cualquiera, que las ambiciones que se tenían celos mutuos, apenas contaban en sus cálculos.

Poco á poco, sin embargo, como llega el crepúsculo de todas las cosas antiguas, se hizo bastante sombra al rededor de la monarquía, para que el oscuro brillo propio de los grandes hombres revolucionarios se hiciera sensible á la vista. Mirabeau empezaba á irradiar.

Entonces la envidia se dirigió á esta irradiación, como todo pájaro de noche á toda luz. A partir de este momento, la envidia se apoderó de Mirabeau y

no le soltó ya más. Ante todo, cosa que parece rara y que no lo es, lo que le discutió hasta su último aliento, lo que le negó á la cara sin cesar, sin ahorrarle por otra parte otras injurias, fué precisamente lo que es la verdadera corona de este hombre en la posteridad, su genio de orador. Camino que sigue siempre la envidia; tira piedras á la fachada más hermosa de un edificio. Además, por lo que se refiere á Mirabeau, hay que convenir en que la envidia tenía una cantidada inagotable de buenas razones. *Probitas*, el orador debe ser irreprochable, M. de Mirabeau es reprochable en todo; *præstantia*, el orador ha de tener buena presencia, M. de Mirabeau es feo; *vox amæna*, el orador debe tener un órgano agradable, M. de Mirabeau tiene la voz dura, seca, chillona, tronando siempre y no hablando nunca; *subrisus audientium*, el orador debe ser simpático á su auditorio, M. de Mirabeau es aborrecido por la asamblea, etc.; y una porción de gentes, muy contentas de sí mismas, decían: *M. de Mirabeau no es orador*.

Mas, lejos de probar eso, todos los razonamientos no probaban sino una cosa, que los Mirabeau no son previstos por los Cicerones.

No era ciertamente orador á la manera que esa gente lo entendía; era orador según él, según su naturaleza, según su organización, según su alma, según su vida. Era orador porque era odiado, como Cicerón porque era querido. Era orador porque era feo, como Hortensio porque era guapo. Era orador porque había sufrido, porque había faltado, porque muy joven aun, y á la edad en que florecen todos los encantos del corazón, había sido repelido, burlado, humillado, despreciado, difamado, echado, espoliado, proscripto, desterrado, encarcelado, condenado; porque, como el pueblo de 1789, del cual era el símbolo más completo, había sido menor y estado bajo tutela, mucho más